



PAX VOBIS

Año XXVII

Zaragoza, 6 Noviembre 1925

Núm. 637

CON CENSURA ECLESIASTICA

Se publica los primeros y terceros viernes de cada mes

Dirección y Administración: Calle del Pilar, 5

Teléf. 1578

Sucursal de EL ECO DE LA CRUZ

Calle Benavente y Moriones, 5,
fábrica de toquillas (antiguo
camino del Sábado).

LA MUERTE

Un pedazo de carne sin vida.
Corrupción después.
Gusanos luego.
Un puñado de polvo más tarde.
He ahí lo que queda del hombre en
el mundo.
Hemos sido hechos del polvo y al
polvo volvemos.
Irremisiblemente.
Inexorablemente.
Si no fuéramos más que cuerpo,
todo habría acabado al morir.
Como acaba para la flor cuando
se ha secado.
Como acaba para el animal cuando
ha muerto.

Pero somos algo más que cuerpo
nosotros.

Somos alma también.

Y las almas no mueren, son inmor-
tales.

Puede corromperse la materia, no
los espíritus.

Pueden los gusanos devorar los
cuerpos, no pueden devorar las al-
mas.

Nos lo dice la fe.

Nos lo dice la filosofía.

Nos lo dice el corazón.

¿Qué es del padre tiernamente
amado y profundamente venerado?

¿Qué es de la madre idolatrada?

¿Qué es del hijo siempre y a to-
das horas llorado?

¿Qué es del amigo, en cuyo hom-
bro tantas veces descansamos y cuyo
afecto tanto nos alegró?

¿Qué es del esposo?, ¿de la es-
posa?, ¿de los seres queridos que la
muerte arrojó a la tumba?

¿Un puñado de polvo no más?

¿Cosa sin sustancia el amor que
les tuvimos?

¿Y ridículo el tierno recuerdo que
les consagramos?

¿Y vana ilusión la esperanza que
tenemos de volver a reunirnos con
ellos para no separarnos jamás?

La fe nos dice: no.

Dios nos hizo a su imagen para
vivir su vida eterna.

Unos años aquí, toda una eterni-
dad en su gloria.

Sin separaciones que amargan, sin
sombras que entristecen, sin privacio-
nes que desconsuelan.

Llenos siempre de vida, rebosantes
siempre de felicidad.

Sólo el pecado puede privarnos de
esto: no de la eternidad, de la felici-
dad en la eternidad haciéndonos
eternamente desdichados.

La filosofía no dice otra cosa tam-
poco.

Se descomponen los cuerpos, no se
descomponen los espíritus.

Las almas viven mientras Dios,
que las creó, no las aniquila.

Y Dios no aniquila las almas.

Sólo es de necios fabricar para
destruir.

De necios y de malvados dar un
deseo, fomentarlo con una esperanza
y hacer imposible su satisfacción.

El corazón lo reclama a gritos.

Vivir y vivir eternamente para se-
guir amando eternamente a Dios, en
una luz que no vió jamás, y con una
fuerza que jamás sintió, y con una
ternura en que jamás se desbordó;
pero luz, fuerza y ternura que cre-
yó posibles y que deseó ardiente-
mente.

Vivir y vivir eternamente con los
seres a quienes amó en la vida.

Vivir y eternamente vivir para re-
cibir el premio de sus trabajos, y la
compensación de sus sacrificios y de
sus dolores.

Para ser impío no basta haber re-
negado de la fe.

Es preciso, además, haber renega-
do de la ciencia.

Es preciso además haberse despo-
jado del corazón.

M. DE SANTA CATALINA.

LA NENA

—Ven, acércate, nena;
Dime de dónde vienes
Y cuántos años tienes
Y después, si eres mala o eres buena.
—Pues vengo de mi casa.
Que es el tres de la calle de la Tasa;
Y los años que tengo
No le puedo decir cuántos serán;
Mis padres lo sabrán
Y yo se lo diré, que voy y vengo
Por esta misma calle to los días
Y me canso bastante; soy muy buena
Y, como no hay tranvías,
Voy solica y a pie, como una moza,
Que, en este Zaragoza,
Una va siempre llena
De quehaceres que vienen sin querer
Y, si una no los hace,
Pues están sin hacer,
Si place, bien; como si no te place.
—¿Y no tienes abuelos?
—No, señor, que el abuelo Angel Matias
Se murió; yo le rezo to los días:
Padre nuestro, que estás allá en los cielos...
—¿Y a la Virgen, le rezas? —Sí, señor,
Y no lo dude usted, no, por favor;
Que le rezo yo todas las mañanas.
Cuando viene mi madre, abre la puerta
Y me dice: —Petrica, ¿estás despierta?
Pues ya te dejó abiertas las ventanas.
Me levanto al momento
Y me pongo a barrer, o a cocinar;
Luego voy a lavar,
Lavo bastante bien, y no le miento
Si le digo que dejo las camisas
Más blancas que la nieve, y sin correr,
Que si va una con prisas
Se deja una la ropa a medio hacer.
Y mi madre me grita muchas veces,
Y me dice que soy muy habladora,
Y, "por eso no crees",
Me dice cuando llora,
Que llora a cada instante;
Pero le doy un beso y, al momento,
Se pone como un guante,
Y esto es así, señor, como lo cuento.
—No extraño que tu pobre madre diga
Que eres muy habladora.

—Pues tengo yo una amiga
Que aún habla más que yo, es que devora,
Y va a treinta kilómetros por hora;
Eso dice mi padre: yo no sé
Si es eso bueno, u qué...
Me voy, me voy, que tengo mucha prisa,
Y aún tengo que ir a misa
Y rezar las tres partes de rosario;
¿Cómo se pasa el tiempo, recanario!
—Y ¿a qué santo le vas con esas cosas?
—A las almas benditas,
Que son muy afortunadas.
Y están muy apuradas, pobrecitas,
Y mi padre me dice que las quiera,
Que ellas me rezarán cuando me muera.
Es decir, yo, morir, no moriré,
Porque pienso ir al cielo ciertamente
Y allí estaré muy bien, tan ricamente,
Porque hay muchas muñecas
Y muchos angelitos, resalados,
Que van muy bien vestidos, con brocados
Y unas alas muy huecas
Para volar así, por todos lados.
¿Que usted no reza, pues, mi buen señor?
Pues no le arriendo toda la ganancia.
¿Dios mío, qué valor!
Si eso de no rezar es petulancia,
Sí, señor, está visto,
¿O es que sabe usted más que Jesucristo?
— ...
—¿Que no me querrá usted tan rezadera?
Si es que no quiero yo que usted me quiera.
(Se va cantando)
Pa qué me quieres querer,
si no tienes cristandá
y hemos de vivir aparte
por toda la eternidad.

Si fueras cristiano, bab,
pue que te quisiera un poco,
porque si no ibas al cielo
podías ir al Purgatorio.

JULIO ASCANIO.



TRIBUNAL BARATO

—Entra, Macario, entra, que ya han pasado las fiestas del Pilar y tenemos que hablar.

—Mire, son los únicos días que gozo una *miaja*. A mí me gustaría que fuera siempre la Virgen del Pilar; que vas por ahí y el uno te convida a una copa, el otro a un par de *churizos*, otro... pero en fin, que se goza en grande, *pa* eso es la fiesta de la Madre y ella hace el gasto. Bendita sea la hora en que la Virgen santísima vino en carne inmortal a Zaragoza.

—No se dice en carne inmortal, sino en carne mortal; porque, cuando

la Virgen vino, aún vivía en carne mortal.

—Igual da. Me voy a fumar este purico que me dió el *siñor* Nicolás el otro día.

—Te tengo repetido muchas veces que no quiero que fumes.

—¿Pero qué voy a hacer si me lo han *dao*?

—Es malo el fumar.

—Ya lo sabemos, pero *himos* de tener de todo, *güeno* y malo.

—El fumar es un vicio.

—No estoy conforme; el fumar no es vicio: lo que es vicio es el comprar tabaco, pero fumar, si te lo dan,

no *siñor*; se *pue* fumar hasta en la cuaresma.

—Bueno, no perdamos el tiempo. Vamos a hablar de las benditas almas del Purgatorio, ya que estamos en Noviembre, que es su mes.

—¿El mes de Noviembre es de las almas del Purgatorio?

—Sí.

—¿Y quién se les ha *dao*?

—Todos les hemos dado ese mes.

—Todos, no; a mí nadie m'ha *icho* nada, no *hi* *podío* dar semejante cosa. ¿*Quié* *usté* que vivamos todos a *mercé* de las almas, *pa* no poder disponer en este mes de un cuarto de hora? No, *siñor*, *ca* uno lo suyo. Que las almas del Purgatorio son muy afortunadas, todo lo toman y, si las dejamos, son capaces de *sacale* los *higados*. Que se contenten, como *ca* hijo de vecino, con vivir a escote, lo que *nus* toque a *ca* uno, que siempre están pidiendo y to les *paice* poco. Lo que *pue* *usté* hacer es dejar eso *pa* otro día, que hoy está *nublo* y *pue* tronar.

—No puede ser, hay que ir al Purgatorio.

—Lo e menos sería ir al Purgatorio; yo l'acompañaría a *usté* con mucho gusto; pero, siempre que *himos* ido, *hi* *notao* que las almas se vienen detrás de uno, *nus* siguen hasta casa, aprenden el camino y siempre las tiene *usté* aquí. Por eso yo no les rezo a las almas, a ver si, no dándoles limosna, me dejan en paz. Y si vinieran de día claro, menos mal; pero no, *siñor*; han de venir de noche, cuando te vas a acostar. Antes de *meteme* en la cama, miro por todo, hasta debajo del catre; nada, no hay un alma. Apenas me echo y me tapo, ya están allí to las almicas del Purgatorio. Y, si estuvieran quietas, menos mal, uno podría dormir; pero *na* d'eso; to es *move*se y hacer ruidicos *pa* no poder pegar un ojo en to la noche.

—Ni que quieras ni que no, no te empeñes, que hoy, por encima de todo, hemos de hablar de las almas.

—Por el amor de Dios se lo pido.

—Precisamente vamos a hablar de las almas, por el amor de Dios.

—Si *quié* *usté* se lo pediré de rodillas; ya me estoy descalzando.

—Nada, no te quites las alpargatas, es inútil.

—*Güeno*, *güeno*, tomaré luego manzanilla, u bicarbonato, porque tendré que arrojar to lo que llevo en el cuerpo, que no es poco. Además, las almas del Purgatorio me son muy antipáticas, porque son muy afortunadas y hacen a todo; si por ellas fuera, no *nus* dejarían ni aun aire *pa* respirar. Y no se contentan con pedir ellas, que tienen por ahí unos cuantos pediguños que to les *paice* poco. Estamos, por ejemplo, rezando el rosario, es una comparación. Pues, cuando yo l'hi ofrecido *pa* mi pobre-cica madre un *padrenuestro* que vamos a rezar, viene el que lleva el rosario y dice: "Pol alma del tío Sidro", y t'has *fastidiao*; mi pobre-cica madre se queda sin *padrenuestro*, y yo con un genio de mil diablos. Pero ¿qué tengo yo que ver con el tío Sidro? Pues, madre, tenga paciencia, que otra vez será y, si se quema, eche una poca agua, ¿qué le vamos a hacer! Le digo a *usté* que hay unos frescos por ahí! Y yo ¿por qué tengo de dar esa limosna al tío Sidro,

mientras mi madre se queda con la boca abierta? ¿Es justo eso? Lo mejor de todo sería, cuando te piden las almas del Purgatorio, *mantenese tieso y deciles*: Perdonen por Dios, hermanicas; aquí, en Zaragoza, está prohibida la mendicidad y yo no quiero ir a la aduana; vayan ustedes a Utebo, u a Casetas, que allí hasta la cera de los oídos *puen* pedir; y cuiden no las coja un municipal y las ponga a la sombra. Porque las quiero bien, se les digo, que yo nada m'echo en el bolsillo. Y lo que digo, si pidieran ellas solas, tira que te vas; pero no, *siñor*; *toos* a pedir *pa* las almas. ¡Le digo a *usté*, que el mejor día me meto a ese oficio y me hago alma del Purgatorio! Y a la *giüena* vida, que *trebajen* los otros, que a mí no m'ha de faltar, mientras tenga frescura, boca *pa* pedir y manos *pa* recoger.

—Estás disparatando de temporal.

—Es que a mí, ese oficio de pedir hasta los clavos de las suelas de los zapatos, me gusta una *barbaridá*. Lo *pior* es que pide uno y *tol* mundo se hace el sordo; eso habíamos de hacer con las almas del Purgatorio. Pronto se callarian. Pero no, *tol* mundo va de cabeza: ¡*ande* pondremos a las almicas benditas del Purgatorio! Pedir por ellas, rezar por ellas; *pa* que luego se lo lleve el tío *Sidro*, que no dudo que estará penando en el Purgatorio; pero déjalo, que pague lo que debe, y debe mucho. Sólo a mi pobrecito padre se le llevó al otro mundo cincuenta duros que le dió *pa* que *comprase* una pollina. Que a la sanmiguelada, cuando cogiera el trigo, se los *golvería*; luego, que a San Juan, cuando vendiera la lana de los corderos; *dimpués*, que su mujer se l'había *crusao* en la cama y tenía muchos gastos. Total, que se los llevó al otro mundo y allí los tiene. Y ¿es justo que yo pague esos cincuenta duros que a mi padre le costó la sudor de su frente? No, *siñor*; que los pague él y, si se quema, que se queme, que no *hubía* sido tramposo.

—He dicho que disparatas de temporal y es ya hora de que te calles, descansas y me dejes hablar a mí.

—Corriente, hable *usté* *to* lo que quiera; pero, por Dios, que no me eche *usté* *tamién* *pa* las almas; no vayamos a pagar justos por pecadores. Y no que muchos vienen a este mundo, venga a gastar a troche y moche, luego se mueren... y que pague el otro. No, los tontos se acabaron ya. *Ca* uno lo suyo, que, a escote, no hay nada caro. Y, si te quemas, tú te lo has querido, qué le vamos a hacer. Paciencia y aguantarse, que yo *tamién* m'aguanto, pensando que ya no veré los cincuenta duros de mi padre y que se los está comiendo en el otro mundo el tío *Sidro* de mis *pecaos*.

—¿Cuándo acabas, Macario?

—Ya *hi rematao*.

—Pues bien, hijo mío; has de saber que es muy difícil salir de un mundo tan corrompido como éste enteramente limpio y purificado. Por lo tanto, la mayor parte de las almas tendrán que pasar por el Purgatorio. Y ¡qué dicha la nuestra si podemos aliviar a esas almas en aquel lugar de tormento! Y podemos, desde luego, dándoles la limosna de nuestra oración. Sí, somos muy dichosos al

poderles mandar algo que calme sus penas, según ya dijo Jesucristo: Hace más dichoso al hombre el dar que el recibir.

—¿Eso dijo Jesucristo?

—Sí, eso dijo.

—Pues que me dispense Nuestro Señor, si es que lo dijo así, que aún me tomo tiempo *pa* *creelo*. Pero yo no pienso igual; porque a un servidor y a todos, lo que *nus* hace más felices no es el dar, sino el tomar.

—¿Aún quieres enmendar la plana a Nuestro Señor Jesucristo?

—Hombre, yo no quiero enmendar la plana a *denguno*, y menos a Nuestro Señor Jesucristo. Pero es lo qu' *hicimos*, que hay cosas tan claras, tan claras, que no *puen* ser más, y una de ellas es esa, que a todos *nus* gusta el recibir más que el dar, y dele *usté* *to* las *gueltas* que quiera, siempre se quedará igual.

—Porque eres un hombre ruin.

—Hombre, no digo que sea muy grande, pero otros hay más ruines que un servidor.

—En eso mismo de las almas del Purgatorio, el pedir por ellas indica un corazón noble, generoso, compasivo, y un corazón así es el mejor patrimonio para un hombre, que no puede ver el dolor con indiferencia, toma parte en todos ellos, goza en aliviarlos como si fueran propios y se siente feliz con participar de todas las alegrías. ¿Y qué duda cabe que un corazón así goza más, haciendo bien que recibiendo? Y se ve también con la limosna: ¿cuánto más dichoso hace al hombre dar una limosna que no tenerla que recibir? Porque el que recibe la limosna la recibe porque es pobre, y el que la da, la da porque es rico. Y ¿cuánto más agradable no es pedir ahora por las almas del Purgatorio, que no que después tengan que pedir por ti, señal de que lo necesitas, por no haber ido al cielo y estar todavía en el Purgatorio?

—Mire, *siñor*, los que han *estudiado* tienen ustedes tantas palabras que no *nus* dejan respirar a los pobres, y aquí me *tié* *usté* que no sé qué *icile*; mire, ahórqueme *usté* si le *paice*.

—No, antes de ahorcarte vamos a rezar las tres partes de rosario, ya que hoy es el día de ánimas, por todas las almas benditas del Purgatorio.

—Por todas, menos *pol* tío *Sidro*.

—Nada de eso, por todas.

—Pues que me pague los cincuenta duros.

—Eso se perdona; ¿cómo te los ha de pagar, si se ha muerto?

—Pues que me los mande, que los *neseñe* como el comer.

—Vaya, esto se termina; con tus enredos y trapacerías no me dejas dar un paso; total, no hemos hablado nada de provecho. Otro día entraremos de lleno en materia, no te dejaré hablar. ¡Un día como éste y perderlo de esta manera!

—¡Idiota!

—¿Porque reclamo lo que me deben?

—Almas benditas, sois buenas, nos habéis de pagar con creces, cuando bajemos al sepulcro y entremos por aquellas regiones de misterio, no ha-

gáis caso de la ruindad de Macario y a él a mí y a todos sednos propicias, cuando lleguéis a la patria común, fin de todos nuestros afanes, y ya de cerca al Gran Padre de familia, Centro de la Vida Universal y, anticipadamente, dadle un abrazo de nuestra parte.

—Dígales *tamién* que s' acuerden de *icir* al tío *Sidro*...

—Por la señal...

EL MAGO.



¡Sufres!

¡Y sufres más que otras veces!

¿Porque aumentó el dolor?

No; porque golpea más fieramente. Las olas encrespadas no aumentan el caudal de agua; es que golpean con fuerza.

Pero no temas.

Una tabla basta para salvarse en el mar embravecido.

Ve si el Corazón de Cristo bastará para salvarte en esos fieros embates del dolor.

Acógete a El.

Llégate al Sagrario.

Hay un medio de no desfallecer jamás: no volver nunca la espalda a Dios.

De cara a El nos sentimos generosos y fuertes.

De espaldas a El raquíticos y cobardes.

Para evitar el mal no hay como estar presente a Dios.

Y para obrar el bien tampoco.

¿Caíste alguna vez mientras tuviste a Dios presente?

¿No comulgas con frecuencia?

Pues cierra tus labios.

No puedes hablar de exigencias de Dios.

Quien lo da todo tiene derecho a todo.

¿Y no es todo Dios el que se nos da cuando comulgamos?

Habrás de pedirte más y aún tendría derecho a mucho más.

¿Que comulgas y sientes frío en el corazón!

¿Que a fuerza de no sentirlo ya no sabes lo que es fervor!

Oyeme.

No enciendas la estufa y luego dejes abiertas las puertas y balcones.

No te calentarás.

¿Has mirado si tienes abiertas las puertas del alma?

Vale la pena mirarlo.

Los aires del mundo matan el fervor.

M. DE SANTA CATALINA.

HOJA PARROQUIAL DE ALCOBENDAS



Seguía yo un cortejo fúnebre y, al contemplar el cuadro desarrollado ante mi vista, me ha parecido preguntar a vosotros, mis queridos lectores, si sabéis lo que es la vida, tal cual nosotros la vemos; es decir, la vida en cuanto a lo material, en cuanto al cuerpo.

Aun cuando la mayor parte de los hombres saben perfectamente lo que debe entenderse por la palabra vida, no es, sin embargo, cosa fácil definirla de pronto. Los cuerpos llamados *vivientes* o *animados* por el naturalista y por el fisiólogo, se distinguen de los cuerpos *sin vida* o *inanimados*, y especialmente de los cuerpos *mueritos* o que tuvieron vida, por ciertas propiedades de su conformación física, de su materia química y de su actividad dinámica.

Yo os hablaré únicamente de su materia química, y así considerados los cuerpos vivos, se componen principalmente de cuatro a cinco partes esenciales. Hállanse, entre los llamados principios orgánicos, las sustancias de la naturaleza de la albúmina. Puestas estas sustancias fuera del cuerpo vivo y en él después de muerto, tienden por sí mismas a descomponerse al influjo de los seres exteriores, principalmente por el oxígeno de la atmósfera; por tanto, mientras forman parte del cuerpo vivo, se libran de esta destrucción merced a un continuo cambio de materia; de modo que, desde el punto de vista químico, la vida es una constante transformación, separación y nueva formación por la que la forma y estructura interior del individuo se conserva, o mejor dicho, renace de continuo a manera de un no interrumpido rejuvenecimiento. "El carácter que más vivamente descubre el observador en el conjunto de la vida terrestre, dice Berzelius, es la ley general que a la vida universal preside. A primera vista nos parecen aislados los diversos seres. El abeto que corona las cimas de los Alpes, parece no tener nada de común con la liebre que por el surco se desliza; la rosa de nuestros jardines no conoce ciertamente al león del desierto; el águila y el condor de las elevadas llanuras del Asia central no han saboreado, por cierto, los frutos de nuestros vergeles; el trigo y la viña parecen no apercibirse de la existencia de los peces; y limitándonos a divisiones menos notables, no parece que haya una relación inmediata entre la vida del hombre y la de los vegetales que alfombran las praderas y los bosques. Y sin embargo, en realidad, la vida de todos los seres que pueblan la tierra, hombres, animales, plantas, es una vida única, un mismo sistema en que el aire es el elemento y el suelo la base; y esta vida universal no es otra cosa que un incesante cambio de materias.

Todos estos seres constan de iguales moléculas que sucesiva e indistintamente se trasladan del uno al otro lado, de tal suerte que el cuerpo no pertenece a cada uno de ellos de un modo exclusivo. Por medio de la respiración y alimentación absorbemos diariamente una determinada cantidad de sustancias nutritivas; mediante la digestión, las secreciones y excreciones, perdemos una cantidad igual; y así, renovándose nuestro cuerpo, sucede que a la vuelta de cierto tiempo ya no poseemos ni siquiera un gramo del cuerpo material que antes poseíamos; su renovación ha sido completa. Y este es el cambio merced al cual se sostiene la vida. Este cambio de materias se realiza con una rapidez muy notable. A dos semanas llega la duración media del tiempo de inanición que soporta el hombre hasta sucumbir.

Pero desde el momento en que un vertebrado cualquiera muere de inanición, ha perdido ya su cuerpo las dos quintas partes de su peso primitivo. El cuerpo de un adulto se mantiene en su propio peso si compensamos sus pérdidas con los alimentos. El cambio de materias se opera con mayor presteza entre los individuos que hacen de los alimentos y bebidas un uso conveniente, que entre los seres indigentes agobiados por la abstinencia".

"Por mucho que esta rapidez, dice Fremy, pudiera parecer a primera vista muy asombrosa, las observaciones están, no obstante, acordes en todas sus partes. Según Stahl, pierden las alondras en un día la grasa que durante la noche se formó en su cuerpo. El desarrollo de las células se verifica en la sangre en siete u ocho horas, a expensas de las materias suministradas por el quilo. ¿Quién no sabe también que bastan pocos días para quedar un hombre casi desconocido a causa del enflaquecimiento? Las observaciones hechas, continúa Fremy, demuestran que no hay que admirarse de la rapidez en el cambio de materias. Ellas nos enseñan que en un adulto que pesa cincuenta y nueve kilogramos, se forman en dos horas más de un kilogramo de saliva, uno de bilis y unos trece de jugo gástrico; de modo que un fumador que tiene el nocivo vicio de escupir, puede perder en unas doce horas la octogésima quinta parte de su peso.

Durante el transcurso de veinticuatro horas circula por nuestro cuerpo, de la sangre al estómago y del estómago a la sangre, casi la cuarta parte de nuestro peso de jugo gástrico. Es diferente en cada individuo el espacio de tiempo en que se verifica el cambio de materia. El hombre, la mujer, el niño y el anciano manifiestan aptitudes diferentes, gozando el hombre la propiedad de cambiar de materias con más presteza que la mujer, el adulto más que el anciano y el niño. El obrero y el hombre pensador cambian la

composición de sus cuerpos en menos tiempo que las personas ociosas y que los vividores. Hombres hay que viven de prisa; en ellos la esperanza, la pasión y el terrible abatimiento, que rápidamente se transforma en alegre confianza, mueven con celeridad la sangre; y viven de prisa, porque de prisa se verifica en su cuerpo el cambio de materias. Mientras existe equilibrio entre la sanguinificación y la eliminación, no sufre el cuerpo alteración alguna en su provisión general de materias.

Este equilibrio se conserva en el cambio de materias del adulto; en el anciano se destruye porque no es en él la digestión tan poderosa como en el hombre que se halla en la flor de su edad. La absorción de los alimentos y bebidas se verifica muy de prisa por la digestión. La acción del oxígeno y su efecto, que es la desasimilación o desorganización de los tejidos, prosiguen sin solución de continuidad. De ello resulta inmediatamente una disminución de jugo nutritivo, reconocida no tan sólo por las huellas que deja, sí que también por la observación directa".

También el polvo empuja más y más el cuerpo hacia el polvo, hasta que al fin, cansada el alma de esta prisión, se despoja de tan pesada carga, abandona el cuerpo, del polvo nacido, a esa combustión lenta que llamamos putrefacción. Y ella sola, inmortal e incorruptible, abandona la esclavitud de las leyes materiales y se remonta al cielo que la creó para sí. Preciso es que la fuerza que constituye la vida sea una fuerza especial, ya que merced a ella las moléculas corporales se distribuyen con armonía en una unidad fecunda, mientras que, en ausencia de la misma, se separan estas mismas moléculas, se rechazan, se destruyen y dejan que el organismo sufra rápidamente una completa disolución para convertirse luego en polvo.

Por tanto, en nosotros no existe verdadero e inmutable más que el yo, el alma con el cuerpo y el alma separada del cuerpo, porque en ambos casos puede decir yo, no el cuerpo, que se transforma a cada instante y sucumbe por fin para poder formar parte del laboratorio universal, que es la tierra.

Y aquí tenéis, de un modo indirecto, demostrada la inmortalidad de nuestra alma y el fundamento de nuestras plegarias al cielo, porque las almas siguen viviendo y vivirán por toda la eternidad.

MARIANO SEBASTIÁN IZUEL.

A. M. D. G. et B. M. V.

Tip. Gambón : Canfranc, 3, Zaragoza